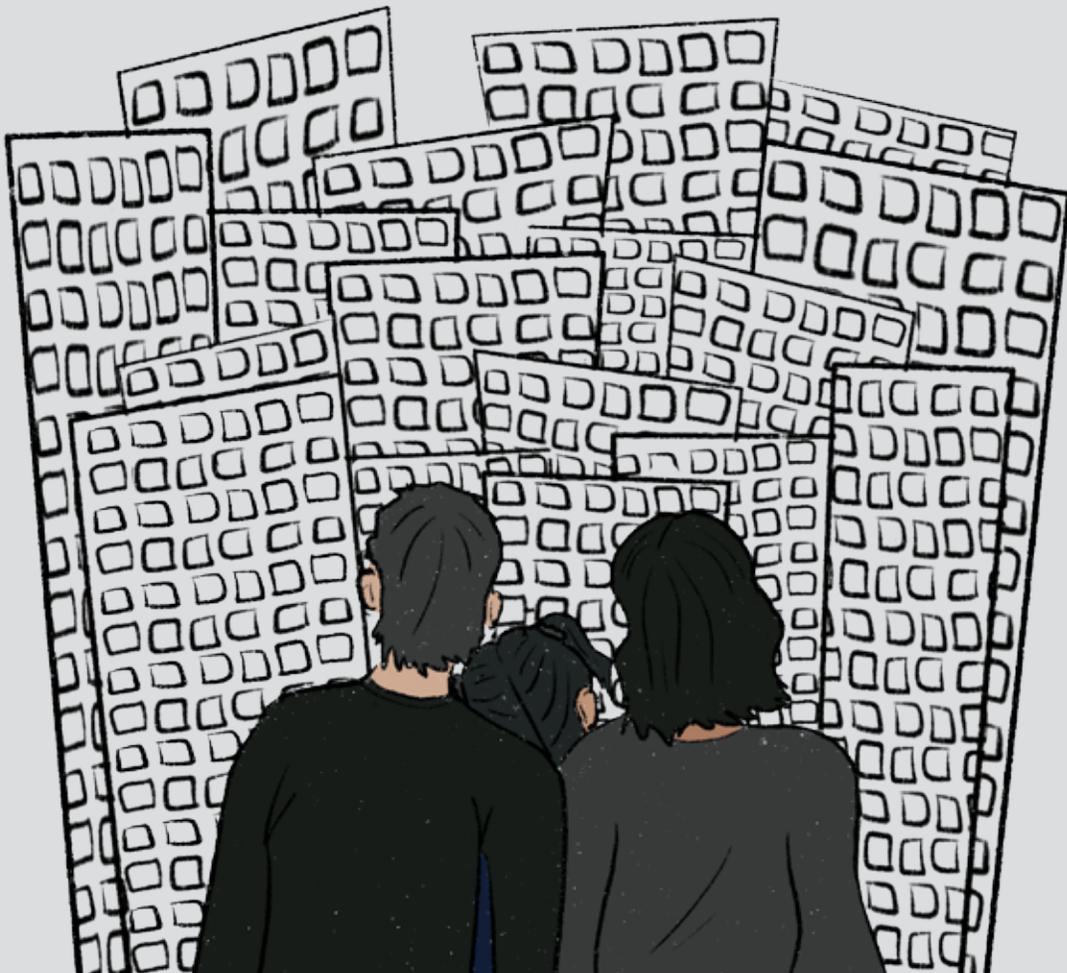




MICHAEL
COMBER

Casa familiar



MICHAEL COMBER

Arquitecto Pontificia Universidad Católica de Chile

En una cueva ya olvidada, se encendió por primera vez un fuego en torno al cual se creó un primer núcleo de domesticidad, el hogar, donde se inició una historia que avanza hasta la intrincada espacialidad de los palacios más hermosos, las torres más espectaculares y un sinnúmero de variaciones del mismo problema arquitectónico original: la disposición espacial de «la casa» es una estructuración material de las relaciones —intangibles— del hogar.

Cuando se piensa sobre la familia, es indudable que también pensamos en su casa, en ese espacio que la alberga y que se constituye como hogar. Al concepto abstracto le sigue su lugar concreto, su materialidad, historia y domesticidad. Es por esto que la reflexión sobre la familia no puede ser separada de su reflexión de su habitabilidad en el mundo terrenal. De esta forma, la casa puede analizarse como un reflejo fidedigno de «la familia» —dicho así en genérico— en un momento dado de la historia. En la actualidad, donde se nos habla de una «crisis de la familia», vale la pena entonces adentrarnos en el problema de la vivienda y su entorno urbano, para intentar comprender al menos parte de esta crisis.

Las ciudades contemporáneas han probado ser uno de los mecanismos anticonceptivos más eficaces del siglo, generando condiciones materiales donde el fenómeno familiar difícilmente puede desarrollarse, salvo que se tenga una capacidad financiera considerable. Es importante destacar

este hecho frente a la evidente superioridad del estándar material, de servicios, acceso a trabajos mejor pagados que poseen las ciudades. Sin embargo, no es extraña la idea sobre lo difícil que podría ser siquiera intentar conformar una familia numerosa «como se hacía antes», sobre todo dada la dificultad de costear una vivienda donde pueda desarrollarse tal proyecto familiar.

Una de las crisis contemporáneas se refiere al hostil contexto que se vive en las ciudades dado el encarecimiento de las propiedades, lo que lleva a que jóvenes profesionales, que en el pasado habrían tenido ciertas certezas de lograr adquirir una casa, hoy comparten estrechamente un arriendo con otros en las mismas condiciones.

Ya que es difícil que jóvenes parejas vean con muy buenos ojos un proyecto familiar que incluya hijos cuando lo único accesible para habitar son departamentos reducidos, la crisis familiar es también una crisis del espacio doméstico. Esta es seguramente una de las razones de la migración hacia la periferia de las ciudades en formato de «parcelas de agrado». Aunque por muy idílico que parezca ese estilo de vida, genera un desarrollo insostenible a gran escala, y también se ha tornado una opción exclusivamente para familias con un alto poder adquisitivo.

Sin embargo, hoy los oráculos inmobiliarios nos dicen que la gente «no quiere tener hijos», o que «las familias tienen menos hijos que antes», justificando de esta forma el desarrollo de

microunidades habitacionales. Ante esto, recientes encuestas nacionales¹ visibilizan el alto valor que los chilenos atribuyen a la familia como único espacio de confianza que existe en sus vidas, por lo que alguien acá debe estar equivocado.

El punto de fondo no es solamente constatar fríamente qué es lo que está ocurriendo —la tasa de natalidad efectivamente es baja y las familias estables escasean—, sino más bien intentar comprender las razones de estos fenómenos y las posibles consecuencias que se derivan de estos. Me parece pertinente intentar comprender de qué manera los contextos materiales posibilitan un proyecto familiar, entendiendo que, de no mediar algún cambio, es posible entrever una próxima generación donde este espacio de confianza y acogida, que es la familia, sea una realidad fuertemente restringida por la capacidad adquisitiva.

En vista de esto, bien vale la pena ponerse en el caso de que las nuevas generaciones, sin consideración a restricciones materiales, no quieran construir un proyecto familiar numeroso que incluya hijos. ¿Qué ocurre con la casa en esos casos? Sin duda, la proyección de cada vez más unidades habitacionales de muy pocos metros cuadrados cobra más sentido. ¿Quién podría necesitar tantas habitaciones?

Ya en el año 1954, el arquitecto Giancarlo de Carlo² levantaba una ácida crítica a la condición

habitacional de esos años, donde se veía una vivienda en que, de acuerdo al mueble que se usara, se transformaba la habitación —de dormitorio a comedor, a cocina y a baño—, evidenciando la precariedad de la concepción humana en la habitabilidad urbana. Frente a esta situación presente hasta nuestros días —como las viviendas-dormitorio japonesas, producto inmobiliario de un mercado salvaje—, una respuesta persistente es la mera mejora material de la casa. Sin embargo, me parece que hay un problema anterior a este.

El problema de fondo no es si podemos dotar de mejores condiciones al individuo que habita en nuestras ciudades, sino más bien si este no se verá conducido a la inhumanidad por el solo hecho de habitar como individuo. Intentaré explicarme.

Sobre la proyección de la individualidad habitacional

Las interacciones humanas construyen una espacialidad acorde a ellas: cinco personas comiendo necesitan de cierto espacio diferente de dos durmiendo juntas, y diferente de una liberando los desechos que genera el cuerpo. ¿Qué ocurre entonces cuando todas las acciones domésticas las realiza una sola persona? Las interacciones en este caso se reducen a mera función. Comer es una relación del que come y su comida, dormir es una relación del que duerme y su cama. Toda la espacialidad derivada de las relaciones y rituales entre personas se ven reducidas a la mínima expresión del cuerpo y su funcionalidad, el habitar entonces sería más parecido a un sistema.

1 Estudio Familia en Chile (2023). Universidad de los Andes y Encuesta Nacional Bicentenario UC (2022), Centro de Políticas Públicas, Pontificia Universidad Católica de Chile.

2 Giancarlo de Carlo, *Una lezione d'urbanistica*. Cortometraje presentado en la Trienal de Milán de 1954. Material disponible en YouTube.

Frente a esta nueva condición de la habitabilidad individual, el espacio se desarrolla ya no como expresión de una relación o vínculo, como cabría asumir en una colectividad familiar, sino como expresión de la misma individualidad. Puede existir una fastuosa individualidad, lo que no le quita su condición de tal por expresarse en más metros cuadrados; sigue siendo mera funcionalidad y la casa, un sistema que la sostiene.

Especialmente ilustrativo me parece el caso del Falansterio propuesto por el teórico socialista Charles Fourier, el cual, en una propuesta habitacional revolucionaria para los inicios del siglo XIX, planteaba un grupo de alrededor de 1.800 individuos que vivían bajo un sistema colectivo donde las relaciones familiares no existían, sino más bien se reemplazaban por una serie de sistemas para la producción, la educación, las relaciones sexuales y el ocio. Si bien los casos donde se intentó aplicar este modelo fracasaron al poco tiempo, hoy es posible ver nuevos conceptos remozados mucho más acordes a productos de mercado —como podría ser la extensión de la cohabitación con *roommates*—, pero que vienen del mismo origen. Aparentemente, en cuanto más se «individualiza» la condición habitacional, más proclive se está a un sistema de formato hotelero, acercándose a la casi total externalización de la domesticidad.

Los casos aquí descritos hacen evidente una tensión aparentemente contradictoria, como es que el individuo, al habitar desprendido de una familia, se reduce a una mera funcionalidad —sin importar el metraje de este espacio—, integrándose en un suprasistema colectivo sin rostro e inaprensible.

Considerando estos puntos, me parece relevante destacar la necesidad de una reflexión más profunda y sostenida sobre el entorno que habitamos. Las dinámicas sociales y de mercado pueden ser reflejo o herramientas de cambio, por lo que asumirlas como hechos indiscutibles sin sopesar sus efectos futuros me parece temerario. La casa, como espacio primordial de la familia a lo largo de la historia, pasa por cambios radicales; vale la pena observarlos más de cerca. [®]

“Las ciudades contemporáneas han probado ser uno de los mecanismos anticonceptivos más eficaces del siglo, generando condiciones materiales donde el fenómeno familiar difícilmente puede desarrollarse, salvo que se tenga una capacidad financiera considerable”.